

La Ley de asociaciones

La Comisión ejecutiva de los acuerdos del mitin anticlerical celebrado en Madrid el día 22 puso en manos del Gobernador de la provincia las conclusiones votadas, cuya autoridad se las presentó al Presidente del Consejo de Ministros, quien dió cuenta á éstos en el Consejo celebrado el martes.

Los consejeros de la regencia se manifestaron sorprendidos de dichas conclusiones en la parte que á la ley de asociaciones se refiere, y bueno es recoger la nota del Consejo en este punto, para poder demostrar ante la faz del país que sobran leyes: lo que faltan son gobiernos que las cumplan y las hagan cumplir.

Hasta que la opinión no se ha manifestado unánime en protestar contra las corporaciones religiosas, acentuándose la nota extrema; hasta que el país entero no se ha conmovido y ha hecho llegar su voz de protesta contra esos indocumentados, acaparadores de honra y dinero, de vidas y haciendas, de paz y de orden, no ha tenido en cuenta el gobierno liberal en que la Ley de asociaciones tiene perfecta aplicación á las de índole religiosa, y que éstas, como todas las demás, están obligadas á someterse á sus preceptivos mandatos.

La Ley, según los ministros responsables, aplica el derecho común á toda clase de asociaciones, y ninguna corporación, religiosa ó laica, monacal ó civil, puede sustraerse á su acción.

Cuando aquí se han constituido casinos políticos, centros de recreo, sociedades de propaganda liberal más ó menos avanzada, así como esas asociaciones obreras tan multiplicadas en estos últimos tiempos, se han empleado por los gobernadores de las provincias toda clase de medios y habilidades burocráticas para hacer imposible ó para dificultar la constitución de esas corporaciones; en cambio, estos liberales que mandan hoy, y que han mandado dos ó tres veces, vigente ya la Ley de asociaciones, han permitido que frailes, jesuitas y monjas y demás instituciones religiosas, hayan ido penetrando furtivamente en una casa, hoy uno, mañana otro, hasta que el número ha crecido y la comunidad ha funcionado sin permiso de nadie, sin autorización de nadie, y operan libremente aun fuera de la acción de las mismas autoridades judiciales, que en algunas ocasiones no han podido llevar su investigación dentro de ese rastro místico en que las cuentas del rosario y el ángulo monacal son cerrojos y verjas ante los cuales la justicia y la ley se estrellan.

Ahora pretende examinar el Gobierno con gran cuidado si la ley ha sido observada y cumplida. Nunca es tarde si la dicha es buena; pero ya verán nuestros lectores cómo ese ahora no pasa de los labios de los ministros, y cómo los frailes siguen viviendo sin que la acción del poder público se cuide de investigar su personalidad, su nacionalidad, ni penetrar en sus monasterios para convencerse que la ley se ha cumplido.

En Barcelona existen á cientos las asociaciones religiosas; el número de las que hay en Madrid es infinito, y aquí y en todas partes; asusta la cifra importantísima de conventos, residencias y asociaciones religiosas, cuyos estatutos y reglamentos, ni aparecen en los gobiernos civiles, ni se hallan autorizados por las autoridades de las provincias.

No necesita el Gobierno esforzarse mucho ni poner gran cuidado para averiguar si se ha cumplido la Ley. Pida datos á sus subordinados, y tenemos la seguridad que en ningún gobierno civil de las provincias de España aparecen aprobados los estatutos de esas corporaciones que funcionan, y que son más perjudiciales y nocivas al Estado y á la Nación que esos centros que más condena el poder público.

Nosotros poseemos un dato importantísimo de un asunto criminal que ha tenido gran relieve, y que preocupa mucho á la opinión pública, en que hemos pedido judicialmente el reglamento de una corporación religiosa de esas embozadas con el abrigo de la caridad, y se ha remitido por las pobrecitas hermanas un prospecto de pupilage de los enfermos y alienados.

¿No es esto cruel y burlesco? Pues bien; hay mucho más y más grave, que se patentizó en el suceso Ubaó, y que ha adquirido confirmación en el caso de Santo Domingo de Silos.

Si los señores ministros quieren responder á los apremios del país, que abra la Ley de par en par las puertas de los conventos para que en ellos penetre la justicia, y que su acción reparadora se deje sentir en monjas, frailes y jesuitas residencias, lo mismo que en las demás corporaciones y asociaciones; y cuando esto suceda, y cuando el aire puro del derecho, igual para todos, penetre y deje sentir su acción en los conventos, entonces podremos creer que la Ley se cumple, y que es igual para todos, y que la justicia en España tiene libre acción para ejercerse donde quiera, sin cortapisas, vetos ni limitaciones; pero mientras esto no suceda, hay derecho á declarar que el Gobierno es cómplice de la impunidad frailesea, á la que cubre con su protección, y todas las resoluciones extremas y todos los horrores de la exageración, estarán justificados.

O la Ley se cumple, ó la revolución y el exterminio se imponen. Cumpla el Gobierno con la Ley de asociaciones, y acaso se tranquilicen los espíritus; pero, si no lo hace, la ola potente arrollará todos los obstáculos.

A. A.

Murmuraciones

DISCURSO QUE, SOBRE POCO MÁS Ó MENOS, PRONUNCIARÁ MAÑANA EL SR. D. FRANCISCO ROMERO ROBLEDO, MANTENEDOR DE LOS JUEGOS FLORALES, EN EL TEATRO SAN FERNANDO DE SEVILLA.

(Al levantarse el Sr. Romero Robledo prorrumpe el público en atronadores aplausos.—Las señoras enfocan los gemelos hacia el rostro del ilustre hombre público.—Este se sujetó el labio y la parte superpuesta.)

EL SR. ROMERO ROBLEDO.—Señores: Con ser tan accidentada y varia mi vida política en todas sus manifestaciones, desde que comencé mis estudios y fui diputado en la nación española sin contar la edad reglamentaria, á cuyo efecto me vi precisado á sumarme algunos meses de los nueve que permanecí en el claustro materno, comenzando ya á dar pruebas patentes de mi ingenio sutil, hasta la época presente, después de haber levantado tienda en todos los campos de la política palpitante durante medio siglo, jamás me he hallado en actitud más embarazosa que en la ocasión presente.

Cediendo á las instancias de la ilustre representación del Ateneo de Sevilla, que todos los años va á Madrid á contratar un gallo que venga á cantar los amores platónicos de Clemencia Isaura, rica doncella tolosana, hija predilecta de los dioses por sus gracias y belleza, y perdidamente enamorada de Renato, trovador muy diestro, maestro en armas y en letras y renobrado por su gentileza y valentía; cediendo á las instancias—iba diciendo—de la ilustre representación de Sevilla, tuve á gran honor hacerme cargo de ser el mantenedor de esta justa de preclaros ingenios españoles, en la que, para mayor martirio mío y de las ideas que sustentó últimamente—porque he sustentado tantas que me sería imposible enumerarlas—ha obtenido el premio de la Flor natural un cura....

En presencia de este concurso de mujeres hermosas, viva representación de la poesía y sin par Sevilla; aspirando este embriagador ambiente que marea los sentidos y produce en el alma el mayor de los embelesos, comprendí mi pequeñez, y, avalorando toda mi osadía, me rindo á vuestras plantas con la mayor humildad, reclamando vuestra mayor benevolencia.

Este espectáculo grandioso me hace levantar la vista á las alturas, y en ellas, sobre su trono de gloria, contemplo á la hermosísima reina de la fiesta con su corte de amor, viva representación de la gracia y de la gentileza, que viene á demostrarnos que la mujer es la que ostenta la corona de la virtud y la supremacía de todos los mayores sentimientos....

Luego extendiendo la mirada sobre este ilustre auditorio, convertido en fragante pensil, y viéndome rodeado de tanta belleza, cigan mis ojos ante sus inmensos resplandores, y túrbame mi inteligencia sin saber por dónde empezar. (Bien, bien.)

Hombre avezado á las luchas políticas, no tengo nada de soñador.... La poesía, vinculada en el que fué mi cariñoso amigo D. Ramón de Campoamor—a quien hice diputado como quien hace tomiza, porque en éso soy muy habilidoso—yace con aquél bajo tierra; porque, si bien es verdad que la poesía es la vida, y eterna es

como ella, yo estimo tanto la amistad que, si se me muere un amigo ingeniero, digo que las ciencias exactas han muerto con él; si se me muere un amigo militar, proclamo á todos los vientos que la ciencia guerrera no existe; y al morirse mi querido D. Ramón, dije, y digo, que con él murió la poesía.... Así entiendo yo la amistad aun en los Juegos Florales. (Murmillos en un corro de poetillas rípidos.)

Hecho este exordio, como justo desahogo de mi alma, paso á contarles á ustedes el cuento de la buena pipa, ó sea la leyenda en que se fundan los Juegos Florales.

En Sevilla como en Barcelona, en Cádiz como en Teruel, es siempre la misma; y como todos los mantenedores de estos Juegos—que no sé por qué motivo se llaman juegos, porque aquí no se juega á nada—la relatan, yo no quiero ser menos y la traigo aprendida de memoria.

Es así: (Atención.)

Clemencia Isaura, rica doncella, vivía sola, y lejos de los rumores y placeres del mundo, en el castillo que por sus padres le fué legado.

Quiso un día su buena suerte que conociese á un joven y gallardo doncel, trovador y poeta, hijo natural de un magnate de Tolosa. Se llamaba Renato; y viole y oyole trovar Clemencia en cierta ocasión, y se prendó de él con cariño de amores.

El Castillo de Clemencia Isaura tenía un frondoso parque, y á orillas del lago azul, un viejo sauce, bajo cuyas hojas lanceoladas y ramas en desmayo, aparecía una hornacina con la imagen de la Virgen María, por el pueblo apellidada la Virgen del Sauce.

Se llegaba á ella por un camino umbroso, orillado de violetas, embeleso de los ojos y perfume del espacio.

Al pie mismo de la enflorada hornacina acostumbraban á tener los amantes sus entrevistas y coloquios de amores, que eran puros y castos, como amparados por la Reina soberana de cielos y tierra.

Una tarde llegó Renato, los ojos tristes y herida el alma. Se veía obligado á partir para la guerra con su padre. Era un deber ineludible y sagrado.

—No sé lo que podrá durar mi ausencia—dijo Renato.—A mi regreso serás mi esposa. Te lo juro ante la Virgen que nos oye.

Dicho esto, Renato se bajó para coger una violeta, cuyas hojas, como es bien sabido, tienen la hechura de un corazón, y presentando la modesta flor á su enamorada, señaló una hoja y la dijo:

—Este es mi corazón.

Clemencia acercó sus labios á la hoja y depositó un beso en ella. Enseguida, colocando su índice sobre la inmediata, dijo:

—Y este es el mío.

Renato selló con ardientes labios el sitio donde había posado el índice su amada.

La flor, cruzada por los besos de los dos enamorados, fué ofrecida á la Virgen y depositada en su mano.

Sucedió entonces una cosa rara: tan pronto como la violeta sintió el tacto de la divina mano, pareció esponjarse, cual si recobrase vida, y sus hojas moradas á tornarse amarillentas y rubias, como si de oro fueran.

Y más aún crecieron su sorpresa y el asombro cuando se vió ocurrir lo propio en todas las violetas del camino, que tomaron repentinamente un brillo dorado, extendiéndose á lo largo por las márgenes de la senda, á manera de vía de luz, como una faja de oro, para alumbrar á la gentil pareja en su regreso al castillo.

Pasó mucho tiempo. Cada día iba Clemencia á postrarse ante su Santa Patrona, y siempre, aun en medio de las crudezas del invierno, hallaba la violeta erguida y lozana, cual si la mano que la sostenía fuese pan de tierra con que dar jugo á la flor y alimentarla.

Pero un día no fué así. Al llegar la joven junto á la hornacina, reparó que la violeta, mustia y lánguida, caía como en desmayo sobre los dedos de la Virgen. Se acercó, inmutada y presa de mortal zozobra. De la hoja del corazón de Renato brotaba una gota de sangre viva.

—¡Renato ha muerto!—clamó la triste con el grito supremo del alma.

Y se desplomó á los pies de la Virgen del Sauce.

No tardó mucho en saberse que el mismo héroe de este suceso, Renato, había perecido en a funesta jornada de Guinagete.

Entonces Clemencia, que vivía sólo de su amor y para sus amores, roto á pedazos su corazón, viuda de su alma que parecía haberse ido con Renato, sola y abandonada, decidió retirarse á un claustro.

(El público demuestra cansancio.)

Celebro muchísimo que el movimiento general del auditorio me demuestre que no es de su agrado escuchar por mil y quinienta vez la leyenda ñoña en que se fundan estos juegos; pero como soy aquí un héroe por fuerza, he tenido que retenerla en la memoria para que no creáis que dejo de ser erudito.... y como quiera que el público que ha venido á escucharme, viene con la idea fija de que habrá de hablar de todo menos de Juegos Florales, ruego á los que quie-

ran enterarse bien de ellos que lean un escrito de D. Victor Balaguer—que es donde yo lo he leído—y paso á satisfacer la pública curiosidad y á hablar de lo que yo pienso, de lo que yo siento, y de lo que yo creo, si creo en algo después de esta vida tan asendereada que he traído....

(Gran expectación.—El público se dispone á escuchar con religioso silencio.)

Señores: Gobernantes malos ha tenido España, pero ninguno ha sido tan falaz, tan traidor, tan hipócrita como D. Francisco Silveira. (Risas.) Quisiera que estuviera delante, porque sólo hallándose en su presencia, me enardezco, me electrizo, acúdeme la inspiración y las palabras me rebosan, y el ingenio se me afina.

No pueden las naciones engrandecerse y ensancharse con gobernantes pequeños.... Perdida la Isla de Cuba, y perdidos también los ingenios que yo tenía en ella; entregado Puerto Rico y vendidas las islas Filipinas á buena cuenta de recoger algunos pesos, se hacía necesario que la Península, reconcentrando todas sus fuerzas vitales, diera al mundo la señal de que el pueblo español todavía conserva las suficientes energías para regenerarse dentro del estado social, equiparándose en poco tiempo á los pueblos más adelantados de la tierra. (Bien.)

Quien asegure que la vieja España es un pueblo muerto, desconoce por completo lo que significa en el mundo la raza latina, esta vieja raza que llevó por donde quiera la antorcha de la civilización, trayéndose para acá todo el oro y todo la plata que hallaba á manos de camino. (Murmillos.)

Esos que murmuran habrán sido empleados de Ultramar. (Aplausos.) Yo no vengo aquí, ni voy á ninguna parte hace dos años, en donde no diga la verdad. No me duelen prendas. Yo he sido gobernante en España, y he gobernado tan malitamente como hayan gobernado los demás; por eso mis declaraciones tienen el sello de la franqueza, y confieso mis errores, que no por ser míos, están exentos de culpa.... La autoridad de mis afirmaciones consiste precisamente en que conozco mis yerros, y en que de ellos no me arrepiento.... ¡Me parece que soy franco y que se me debe escuchar con atención!... (Bien, bien.)

Nuestra nación, reducida ya á esta vieja península, cuyo mejor florón es esta hermosa Andalucía, donde los pajaros correetan de rama en rama, y donde las abejas liban la miel de flor en flor, y donde los chiquillos traviesos le dan una pedrada al primer transeunte descuidado—¡prueba evidente del atraso en que se encuentra la enseñanza pública!—nuestra nación, iba diciendo, tiene en sí energías vitales suficientes á resucitar á la voz del Cristo político que la diga: —¡España, levántate y anda!

Prueba evidente la está dando la vieja Asturias, la que, así como reconstituyó la unidad nacional desde los peñas de Covadonga, hoy trata de reconstituir la laboriosidad indígena, perdida ya en tantos años de lucha contra el mundo entero, regado con la generosa sangre española. (Aplausos entusiastas de todos los que, por no regar nada con su sangre, noriegan ni con agua las macetas.)

El movimiento político.... digo, el movimiento minero, se acentúa en aquella región importante; cuando la industria minera florezca, como florece en Bilbao, elevaremos los precios de entrada de los metales extranjeros para que los capitalistas españoles se enriquezcan en poco tiempo, en perjuicio de las pequeñas industrias, como se hace en Bilbao con los productos de los Altos Hornos, que son una riqueza inmensa para cuatrocientos caballeros.

Lo mismo que en Bilbao con los hierros hemos hecho con el azúcar. Para proteger mis plantaciones de remolacha y mi fábrica de azúcar en Bobadilla—la mía y la de todos—elevamos el arancel del azúcar extranjero, y así vendemos nosotros nuestros productos á buen precio, ó sea al precio que nos da la gana. Esto se llama proteger la industria, y así vendrá, indudablemente, la regeneración española: regenerándose nuestros bosillos. (Bien, bien.)

El orador se extiende en largas consideraciones políticas sociales, que son muy aplaudidas por la concurrencia, poniendo fin á su discurso con el siguiente párrafo:

Señores: El alto honor que me habéis concedido no lo olvidaré jamás. Y si alguna vez llevo al Poder, ya sea trasapando la línea divisoria que me separa de la República, ya sea sin trasaparla—que no la trasapararé para evitarle disgustos, ya que tantos he sufrido en esta vida—yo le probaré á Sevilla que no la olvido.... No dejo aquí mi corazón para no parecerme á los cómicos, que lo dejan en todas las provincias al acabar la temporada. Pero yo os aseguro que os daré pruebas evidentes de mi cariño y de mi amor.

(Grandes y prolongados aplausos que se repiten durante cinco minutos justos.)

CARRASQUILLA.

MONERIAS

Me detuve un día ante un mono encerrado en una jaula, que imitaba gestos y maneras humanas, haciendo reír a no pocos espectadores de sus imitativas monerías. Unos cuantos chicuelos, sobre todo, celebraban los visajes del pobre cuadrupedo, y se empeñaban en hacerle fumar. Y lo cierto es que tenía no poco de grotesco cuanto el mono hacía.

Al separarme recordé, no sé por qué sutil asociación de ideas llevado, cierta escena que hacía tiempo presenciara: la de un pobre epiléptico que torcía su cara con los más extraños visajes y muecas, mientras lo celebraban también unos chicuelos. Lo que era hacía fuera, para estos espectadores desalmados—porque el niño lo es—una visión grotesca y provocante a risa, era vista por más dentro algo de terriblemente trágico.

Y es que lo grotesco suele ser no pocas veces la manifestación de lo trágico, así como lo sublime, al sublimarse más aún, se hace ridículo.

Y asocié al punto los dos espectáculos: el del mono y el del epiléptico.—¿Quién sabe—me decía—si esos gestos, muecas y visajes del pobre animal no tienen un fondo esencialmente triste? ¿Quién sabe si no los motiva y provoca cierto oscuro anhelo que por ser hombre experimenta el mono? Tal vez somos su ideal: se propone hacerse hombre, quiere elevarse sobre sí mismo, llegar al sobremono (ó supermono, si así lo prefieres, lector), y todo eso no son más que manifestaciones de su anhelo. Y acaso sufre, sufre a su manera, al no poder lograrlo.—Bien sé que estas fantasías carecen de fundamento serio; de eso que llamamos fundamento serio, pero también sé que tienen en cambio no poca seriedad fundamental, y valga la antítesis.

Desde entonces, cada vez que me encuentro con hombres monos, científicos, artísticos, literarios ó lo que fueren, que hacen reír á las gentes con sus extravagantes muecas imitativas, no dejo de pensar en que acaso respondan á tales muecas tristísimos estados de espíritu.

No hace mucho recibí de lejanas tierras un librito de poesías que es la más disparatada serie de desatinos que en mi vida he leído, desatinos de moda, quiero decir, modernistas y espampantantes. El pobre poeta mono, ni sabe lo que ha querido decir, ni ha sabido decir lo que quiere; pero sin duda sufre con la obsesión del genio, empeñado en hacer algo estupendo, archioriginal, exquisito, *perverso*, y qué sé yo cuantas cosas más.

Leí á algunos de mis amigos parte de aquellas poesías, y las celebraron con igual regocijo que los niños los gestos del mono y los del epiléptico. Las encontraban graciosísimas y del más subido efecto cómico. Y yo pensaba en el efecto que tales impresiones habrían hecho en el autor, á conocerlas.

Porque todo eso de que desprecien al *profanum vulgus* los que van para genios, es la más soberana filía. Lucha mucho con sus propios sentimientos uno de esos poetas monos antes de fingir tenerse por genio no comprendido.

No lo puedo remediar; me inspiran, no ya compasión, sino profunda simpatía estos monos literarios y artísticos, y profundo respeto. Respeto, sí; como me lo merece el mono que aspira á sobremono, á hombre, y manifiesta su aspiración á su manera, con muecas, visajes y gestos imitativos. Merecenme más respeto que los hombres satisfechos de sí mismos, y que no aspiran á nada más alto. Prefiero oír al pobre partiquino que, en sus esfuerzos por hacerse notar, desentona, que no al tenor de cartel que administra discretamente su voz y se reserva.

Ese pobre rimador á que aludo, ha querido, sin duda, cantar algo inefable, algo misterioso, algo nuevo, extraño, personal. Si no lo ha logrado, no es suya la culpa. Pero, así y todo, hay que preferirlo al viejo y grave rimador que pone en verso una vieja sofista, y que, si por acaso imaginase algo extraño, algo que creyera iba á á desentonar, lo ahogaría al punto en germen, diciéndose:—No, esto no está bien en mí.

Hay que deplorar una sociedad en que si, á un grave sujeto, de respetabilidad y viso, le entran ganas en el paseo de hacer una cabriola, no pueda hacerla. Y en esto, nuestra sociedad española excede á casi todas las demás. Sólo la marroquí debe superarla.

Lo que más le llamó la atención en Alemania á un amigo mío que hizo un viaje por allá, es el haber visto á graves personas, caballeros formales, respetados y de peso, ir con dos hijos de las manos, delante de una charanga, llevando el paso, ó salir al campo á jugar y corretear con ellos.

—¡Cualquier día se ve aquí eso!—me decía.—A lo que le contesté:—No, aquí somos muy serios, atrozmente serios, casi tan serios como algunos pueblos salvajes y como los moribundos.

MIGUEL DE UNAMUNO.

De actualidad

Urzaiz conferenció con Sagasta para comunicarle su entrevista con la Comisión catalana que gestiona la liquidación de créditos del Estado y Barcelona.

Dicen de Barcelona que hay gran excitación en la Barceloneta por la fuga de un individuo que vendió muchas participaciones de un número favorecido con el premio mayor en el último sorteo.

Los dueños de fracciones son en su mayoría pescadores, que jugaban cantidades de treinta á cincuenta céntimos.

Supónese que el vendedor no adquirió el décimo.

En la audiencia de Alicante presentóse querrela exigiendo al juez de Denia responsabilidad criminal por varios hechos relacionados con el ejercicio de su cargo.

En la Biblioteca de Palacio se ha descubierto un robo de dos medallones de oro que proceden de Fernando VII y el duque de Berry; sesenta monedas de oro, algunas que datan de Viriato; broches de plata, placas de oro, adornos riquísimos de 16 volúmenes.

Se han hecho detenciones; ignórase quienes sean los autores.

En Madrid continúa la huelga de los empleados de tranvías.

Los tipets sustituyen á los tranvías. Parejas de la benemérita recorren las calles: hay tranquilidad.

A las cinco de la tarde llegaron á la Puerta del Sol dos tranvías eléctricos defendidos por guardias.

En el primero iba cobrando un ingeniero de la compañía: el segundo dirigía el jefe del personal.

En Villanueva y Geltrú ha sido destituido un párroco que asistió á los funerales de Balaguer. Los liberales protestaron contra la destitución manifestándose.

La Sociedad Ibero-Americana obsequiará con una velada á los argentinos.

Villanueva ha dado órdenes de que salgan para provincias 40 ingenieros de caminos á proseguir los trabajos proyectados.

Un teniente general, con carácter de inspector, visitará las plazas fuertes del Mediodía.

Los fabricantes de azúcar Murga y Agrela conferenciaron con Moret, mostrándose dispuestos á aceptar la maquila.

Mañana conferenciará con Moret la Cámara de agricultores.

Ha sido entregado en Palacio el jarrón regalo de la Argentina.

La han instalado en el salón de tapices: Benimure ha dirigido los trabajos. Lo visitará el público.

En la calle Mayor un tranvía destrozó á un coche de punto.

En conferencia del Gobernador y el Alcalde muéstranse dispuestos á amparar los derechos de la Compañía, cuando disponga del personal apto.

El Juzgado de Buenavista celebra diligencias sobre los sucesos de los huelguistas.

Ha sido llamada á declarar la Junta Directiva.

Los estudiantes preparaban una manifestación en obsequio de los argentinos, pero el gobernador les ha negado el permiso.

Nombraron una comisión con facultades para que los salude.

Está preso é incomunicado el presidente de la Sociedad de empleados de tranvías, Escudero.

También han sido detenidos el vicepresidente, el secretario y el tesorero, á consecuencia de apedrear los tranvías y ejercer coacciones.

Escudero declaró que los huelguistas nombraron Junta provisional.

Hoy habrán salido seis coches del barrio de Salamanca.

Dícese que el Alcalde girará visita á las estaciones para revisar el material.

En El Ferrol dícese que el Carlos V tiene casi inservibles los cañones de 14 centímetros, corroídos por el óxido.

En Zaragoza, Paraíso ha declarado que si las elecciones no son sinceras, la Unión Nacional

se retirará de las urnas y adoptará nuevos rumbos.

De Berlín telegrafían que durante la permanencia en Bona, de Guillermo, se tomarán precauciones inusitadas.

Se prohibirá la circulación de los vecinos por las calles por donde pase el emperador, hasta que regrese á la estación.

Guillermo asiste al ingreso de Kromprinz en la Universidad.

Dicen de Génova que el ministro Zanardelli ha logrado solucionar la huelga del puerto.

En Inglaterra aumentan las protestas contra el impuesto sobre los carbones.

En la isla de Saint Helier ha habido un terremoto.

De Berlín dicen que se matriculó el heredero del imperio en la Universidad de Bona.

El emperador pronunció un discurso alentando á los estudiantes para cultivar el ideal de la nación.

En Chank-kai kuan los ingleses han capturado 19 cañones y municiones.

La prensa austriaca dice que hay tirantez en las relaciones de Rusia y Alemania por intereses encontrados en la cuestión de China.

El Papa ha dirigido al rey de Portugal carta autógrafa exhortándole á favor de las congregaciones religiosas.

En Fracfort Sur-Mein han hecho explosión tres calderas de una fábrica de ambar artificial, produciéndose incendio y 50 muertos y 150 heridos.

En una emboscada en Randfontein, cerca del río Coochodri, los boers cogieron á un mayor de los ingleses, haciendo á éstos un muerto y varios heridos.

TARJETA

Para Julián Biel.

La figura que simboliza el triunfo del artista lírico, despojóse anoche en nuestro teatro del negro crespon que la envolvía desde que la muerte hizo que enmudeciera para siempre la voz de Gayarre.

El tenor improvisado, el baturrico cantor ayer de rondallas y jotas, logró conmover á un público numeroso, y de ordinario frío y excéptico, con los ecos apasionados de su espléndida voz. Biel recordó cantando la parte de *Raul* de la hermosa partitura de Meyerbeer, tiempos de éxitos brillantes para los artistas del arte lírico dramático.

¡Qué hermoso triunfo el triunfo de Julián Biel en esta Sevilla que tanto gusta de agasajar á los artistas de valimiento!

No vamos á discutir con los entendidos si la voz del tenor zaragozano carece de agudos y si se trasportó ó no á medio tono la partitura de *Los Hugonotes*. Sabemos, únicamente, que las notas vibrantes y de eco purísimo llevaron á nuestra alma la sensación del arte hondamente sentido y hermosamente expresado, y aplaudimos con el entusiasmo de todos, porque anoche no hubo discrepancia de opiniones. Al unísono se reconocía en Biel á un gran cantante, que, con defectos ó sin ellos, se hará aplaudir en tanto conserve ese precioso don de que le dotó la naturaleza: la voz.

Han de perdonarnos Carmen Bonaplata, Blanchart y Riera que no nos ocupemos de la parte que anoche les cupo en la brillante ejecución de *Los Hugonotes*.

Nuestra pluma se mueve hoy solamente para agasajar al artista español ignorado ayer, y ahora caminante sobre el carro triunfal de la celebridad; para unir nuestro parabién á los muchos prodigados á aqué; para desearle, en fin, que los aplausos entusiastas que resonaron en la sala del teatro San Fernando, los escuche en cuantos escenarios pise como señal de triunfo...

¿Y, como no, si ya únicamente podemos esperar aquéllos, los triunfos, del arte, y Biel es un elegido de éste?

Es un artista español.

X.

SURSUM CORDA

¡Aún hay patria, Veremundo!

Aún tiene España base firme en que fundar lisonjeras esperanzas para el porvenir; aún puede contar con la seguridad de que será ella quien, en el concierto de las naciones, dé la nota más alta, y que no la más afinada.

Durante los últimos años, y aun los últimos siglos, nuestro pueblo sólo ha seguido la senda del progreso, llevado á remolque por los demás; siempre á la cola, ó en el lugar más arrimado á ella.

Ahora se reúne en París un Congreso de academias, en el que figuran las de todos los paí-

ses de Europa, menos el nuestro; el estado de la instrucción pública entre nosotros es tal, que sólo Turquía nos va á la zaga; entre los de inventores del vapor, el telégrafo y el teléfono, con y sin hilos, los rayos X y los negros, la navegación submarina y la aérea, etc., etc., no figura un solo nombre español; nuestra red de ferrocarriles es, á la del resto del mundo, lo que el *xecilo* á la *traña*. La agricultura está aquí como en los tiempos de Tuba! Cain; la producción es inferior en vino á la de Francia, en trigo á la de Rusia, en remolacha á la de Alemania, y hasta en garbanzos á la de Méjico; nuestra riqueza pecuaria ha quedado reducida á la más mínima expresión; respecto al adelanto de la industria y el desarrollo del comercio, las estadísticas nos asignan un puesto bochornoso; la minería, que en otros países como el Transvaal, Brasil, Australia, California y Alaska, explota yacimientos de brillantes, oro ó plata, aquí no saca de la tierra más que calderilla, y esa por manos de ingleses.

De nuestra escuadra no hay que hablar: la hemos enviado toda á Tolón, y ni se ha hundido el firmamento, ni han chocado las esferas, ni el señor Loubet se ha dado cuenta de tan inusitada muestra de afecto.

Y lo mismo que ocurre con los sabios y con los telegrafos y con los ferrocarriles y con la industria y con el comercio, ocurre con la literatura: mientras nosotros nos dedicamos á traducir al ruso Tolstói, al polaco Sienkiewicz, al alemán Sudhermann, al noruego Ibsen, al italiano Braga, al holandés Haifermanns y á los franceses todos, á nosotros nadie nos conoce más que por referencias de los pasados siglos, ni nadie nos admira, ni nadie nos traduce.

Todavía, antes de la pérdida de las colonias, quedaba á los españoles cándidos el consuelo de recordar la época aquella en que en nuestros dominios no se ponía el sol, los grandes hechos de nuestra brillante historia, nuestras legendarias conquistas, nuestras gloriosas victorias y la piéyade incalculable de nuestros héroes; pero ¡ay! que pronto vino el tío Paco con la rebaja y no faltaron escritores de ambos sexos, amigos de Platon, pero mas amigos de la verdad, que probaran con claridad meridiana que la tal historia era algo así como la bola dorada del escarabajo; que nuestras batallas famosas habían sido sólo las de Guadalete, Alarcos, Aljubarrota, Rocroy, Cochabamba, Ayacucho, Palaseco y Maitiempo; nuestras acciones navales las del cabo de San Vicente, Trafalgar, Cavite y Santiago de Cuba; que nuestros héroes no eran Viriato, ni Pelayo, ni el Cid, ni Hernán Cortés sino los asesinos del primero, los de Sertorio, el obispo don Opas, el conde don Julián, los hijos de Witiza, Belindos Dolfos, el infante don Juan, y otros que con el tiempo figurarán en las crónicas.

Otros escritores nos demostraron, como se demuestra el movimiento, andando, que los españoles no podemos discurrir mejor que lo hacemos, porque tenemos en el cerebro yesca en lugar de fóstoro, y que por eso, sólo á fuerza de golpes de eslabón y pedernal, soltamos algunas chispas; y por su parte los políticos se esfuerzan por convencernos, y lo consiguen, de que aquí no contamos con ningún Richelieu, ni Mazzarino, ni Tayllerand, ni Metternich, ni Pitt, ni Disraeli, ni Cavour, ni Bismarck, ni Chamberlain; en fin, hasta la torería, según dicen los aficionados, nuestro más puro y brillante é indiscuible tinte de gloria, está en lastimosa decadencia, y ahora sí que ya no hay toros, ni toreros, ni caballos, ni ganaderos, porque estos últimos se han dedicado á la recría de barcos de guerra.

Pues bien, apesar de todo lo dicho y de mucho más que no se dirá, hay que levantar los corazones, hay que tener fé en la vitalidad de España, hay que tener la esperanza de un porvenir glorioso, porque España la arruinada, la abanda, la despreciada, cuenta en su seno con un elemento poderosísimo de regeneración, elemento que por su número y calidad la coloca á la cabeza de todas las naciones, con tan indiscutible derecho, que, lejos de disputarle, son ellas quienes se apresuran á reconocérnoslo.

Según la última estadística de la *Administración de Economía social*, de los Estados Unidos, hay en el mundo la respetable suma de nueve millones de burros, repartidos en la siguiente forma:

Europa, 3.199,388; A. del N., 2.239,055; A. del S., 2.236,366; Asia, 1.305,324; Africa; 1.872,741, y Australia, 110.

Como se ve, á Europa le corresponde el honor de coatar con la tercera parte del tal, de tan interesantes solípedos, y á España, á su vez, le corresponde el altísimo de ser la patria de cerca de la mitad de los de Europa; pues de esos tres millones y pico, resultan paisanos de